

XII. EJEMPLOS MODERNOS DE ORACIÓN

(Continuación)

«Edward Bounds no meramente oraba bien para poder escribir bien sobre la oración. Oró durante largos años sobre temas a los que los cristianos de vida fácilmente dedican un pensamiento. Oró por objetos que los hombres de menos fe están listos a llamar imposibles. Sin embargo, de estas vigiliyas de oración continentales y solitarias, año tras año surgió un don de enseñanza sobre la oración igualado por pocos hombres. Escribió transcendentemente sobre la oración porque era transcendente en su práctica.» —C. L. Chilton, Jr.

Lady Maxwell fue contemporánea de John Wesley, y un fruto del metodismo en sus fases iniciales. Era una mujer de refinamiento, de cultura y de profunda piedad. Separándose completamente del mundo, buscó y encontró la más profunda experiencia religiosa, y fue una mujer completamente apartada para Dios. Su vida fue una de oración, de completa consagración a Dios, viviendo para bendecir a otros. Era notable por sus hábitos sistemáticos de vida, que entraban y controlaban su religión. Su tiempo era economizado y ordenado para Dios. Se levantaba a las cuatro de la mañana, y asistía a la predicación a las cinco. Después del desayuno celebraba un culto familiar. Luego, de once a doce observaba una temporada de oración intercesora. El resto del día lo dedicaba a la lectura, las visitas y los actos de benevolencia.

Sus veladas las pasaba leyendo. Por la noche, antes de retirarse, se celebraban servicios religiosos para la familia y a veces alabando a Dios por Sus misericordias.

Raramente ha sido Dios servido con más inteligencia, o desde una experiencia más rica, un ardor más noble, una nobleza de alma más rica. Fuertemente, espiritualmente y ardientemente apegada a la doctrina de Wesley de la dedicación total, la buscó con persistencia y un celo que nunca flaqueaba. La obtuvo por fe y oración, y la ilustró en una vida tan santa y tan perfecta como se concede alcanzar a los mortales. Si esta gran característica de la enseñanza de

Wesley tuviera hoy modelos y maestros poseedores de la profunda comprensión y experiencia espiritual que tenían Fletcher de Madeley y Lady Maxwell de Edimburgo, no habría sido tan mal entendida, sino que se habría recomendado a los buenos y puros en todas partes por vidas santas, si no por su verborrea.

El diario de Lady Maxwell produce algunos ricos consejos para la oración secreta, la experiencia santa y la vida consagrada. Una de las entradas dice lo siguiente:

«Últimamente me siento dolorosamente convencida de que no oro lo suficiente. Señor, dame el espíritu de oración y de súplica. ¡Oh, qué causa de agradecimiento es que tengamos un Dios misericordioso a quien acudir en todas las ocasiones! Usa y disfruta este privilegio y nunca podrás ser miserable. ¿Quién da gracias por este privilegio real? Pone a Dios en todo, Su sabiduría, poder, control y seguridad. ¡Oh, qué privilegio indecible es la oración! Demos gracias por ella. No compruebo todo el poder de la oración que desearía.»

Así vemos que el remedio para no orar es orar. La cura para orar poco es orar más. La oración puede procurar todas las cosas necesarias para nuestro bien.

Con esta excelente mujer la oración abarcaba todas las cosas e incluía todo. A una de sus amigas más íntimas escribe:

«Desearía poder proporcionarte una criada adecuada, pero es un asunto difícil. Tienes mis oraciones para ello, y si oigo de una te lo haré saber.»

Un asunto tan pequeño como la falta de una criada de servicio para una amiga era para ella un evento no demasiado pequeño para llevarlo a Dios en oración.

En la misma carta, le dice a su amiga que quiere «más fe. Clama poderosamente por ella, y aviva el don de Dios que está en ti».

Ya fuera que la necesidad fuera una pequeña cosa secular como una sirvienta, o una gran gracia espiritual, la oración era el medio para alcanzar ese fin y suplir esa necesidad. «No hay nada», escribe a un querido corresponsal, «tan dañino para el sistema nervioso como la ansiedad. Se ceba en las vísceras y debilita todo

el organismo, y lo que es más que todo, entristece al Espíritu Santo». Su remedio, de nuevo, para un mal común, era la oración.

¿Cómo nos alivia la oración de la preocupación al traer a Dios para que nos alivie, nos posea y nos sostenga? «Por nada estéis afanosos», dice el Apóstol, «sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.»

La figura es la de una guarnición asediada y angustiada, incapaz de proteger el fuerte de los enemigos que lo asaltan, en la que se vierten poderosos refuerzos. En el corazón oprimido, distraído y desanimado, la verdadera oración trae a Dios, quien lo mantiene en perfecta paz y en perfecta seguridad. Esto la señora Maxwell lo comprendía plenamente en teoría, pero lo que era mejor, de forma experimental.

Cristo Jesús es la única cura para el cuidado indebido y la excesiva ansiedad del alma, y aseguramos a Dios, su presencia y su paz mediante la oración. El cuidado es tan natural y tan fuerte que nadie sino Dios puede expulsarlo. Se requiere a Dios, la presencia y personalidad de Dios mismo, para desalojar el cuidado y entronizar la quietud y la paz. Cuando Cristo entra con su paz, todos los temores atormentadores desaparecen, la trepidación y las angustias desgarradoras capitulan ante el reinado de la paz, y todos los elementos perturbadores se retiran. El pensamiento ansioso y el cuidado asaltan el alma, y la debilidad, el desmayo y la cobardía están dentro. La oración refuerza con la paz de Dios, y el corazón es guardado por Él. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera» (Isaías 26:3). Todo ahora es seguridad, quietud y confianza. «La obra de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre» (Isaías 32:17).

Pero para asegurar esta gran paz, la oración debe pasar a una súplica personal, esforzada e insistente, y la acción de gracias debe florecer plenamente. Nuestra condición expuesta del corazón debe ser llevada al conocimiento de Dios, por oración y súplica, con acción de gracias. La paz de Dios guardará el corazón y

los pensamientos, fijos e intrépidos. La paz, profunda, inagotable, amplia, fluyendo como un río, entrará.

Refiriéndonos de nuevo a la señora Maxwell, la oímos decir:

«Dios me está enseñando cada día más simplicidad de espíritu, y me hace estar dispuesta a recibirlo todo como su don inmerecido, y a invocarle por todo lo que necesito, según lo necesito, y Él suple mis necesidades conforme a las necesidades existentes. Pero ciertamente he sentido más de esto en estos últimos dieciocho meses que en períodos anteriores. Deseo orar sin cesar. Veo la necesidad de orar siempre, y no desmayar.»

De nuevo la oímos declarar: «Deseo estar mucho en oración. Lo necesito grandemente. La oración de fe cierra o abre el cielo. Ven, Señor, y cambia mi cautiverio.» Si sintiéramos la necesidad de la oración como esta mujer santa lo hacía, podríamos acompañarla en su ascensión santa. La oración verdaderamente «cierra o abre el cielo». ¡Oh, por una calidad de fe que probara hasta el extremo el poder de la oración!

La señora Maxwell pronuncia una gran verdad cuando dice:

«Cuando Dios está obrando, ya sea entre un pueblo o en el corazón de un individuo, el adversario de las almas está peculiarmente obrando también. La creencia en lo primero debe prevenir el desánimo, y el temor de lo segundo debe incitarnos a mucha oración. ¡Oh, el poder de la oración fiel! ¡Vivo por la oración! Que puedas comprobar su soberana eficacia en cada caso difícil.»

Encontramos en los escritos de la señora Maxwell un registro que nos muestra que en la oración y la meditación obtuvo visiones ampliadas de la plena salvación de Dios, y lo que así se descubre, la fe lo persigue, y conforme a su fuerza son sus retornos.

«Cada día siento la necesidad de la preciosa sangre de la aspersión», dice, «y habito continuamente bajo su influencia, y siento muy sensiblemente su soberana eficacia. Es por la fe momentánea en esta sangre sola que soy salva del pecado. La oración es mi principal ocupación.»

Si esta última declaración «la oración, la principal ocupación» hubiera sido alguna vez cierta del pueblo de Dios, este mundo habría sido para este tiempo un mundo completamente distinto, y la gloria de Dios, en lugar de ser oscura, y tenue, y solo en puntos, brillaría ahora con refulgencia y poder universal e incomparable.

He aquí otro registro de su oración ardiente y fiel: «Últimamente, he sido favorecida con un espíritu de oración más ardiente que casi nunca antes.»

Necesitamos estudiar estas palabras —«favorecida con un espíritu de oración más ardiente»— pues son palabras preñadas. El espíritu de oración, el espíritu ardiente de oración y su aumento, y el espíritu de oración más ardiente —todo esto es de Dios. Se dan en respuesta a la oración. El espíritu de oración y el espíritu más ardiente son el resultado de la oración secreta, ardiente e importuna.

En otra ocasión, la señora Maxwell declaró que la oración secreta era el medio por el cual obtenía el mayor beneficio espiritual.

«Ciertamente lo compruebo como un privilegio especial», dice. «No podría vivir sin ello, aunque no siempre encuentro consuelo en ello. Todavía deseo ardientemente una esfera ampliada de utilidad, y encuentro consuelo en abrazar las oportunidades que se me ofrecen.»

Una «esfera ampliada de utilidad» es ciertamente un tema propio de intensa oración, pero esa oración debe estar siempre acompañada de un aprovechamiento de las oportunidades que el presente ofrece.

Muchas páginas podrían llenarse con extractos del diario de la señora Maxwell en cuanto a la importancia vital de, y la naturaleza del ministerio de la oración, pero debemos abstenernos. Durante muchos años estuvo en ardiente súplica por una ampliación de su esfera de utilidad, pero todos estos años de ardiente oración pueden condensarse en una declaración:

«Toda mi alma ha estado sedienta de una esfera de acción más amplia», dice, «conforme a las promesas de un Dios fiel. Durante estas últimas semanas he sido

llevada a rogar fervientemente por más santidad. Señor, dame ambas cosas, para que te alabe.»

Estas dos cosas, por las cuales esta mujer piadosa oraba, deben ir juntas. Son una, y no deben separarse. El deseo de un campo de trabajo más amplio sin el deseo acompañante de un aumento de consagración, es peligroso, y puede ser supremamente egoísta, descendencia del orgullo espiritual.

John Fletcher, también contemporáneo de John Wesley, estuvo íntimamente asociado con el fundador del metodismo. Era un erudito de cortesía y refinamiento, un pensador fuerte y original, elocuente en simplicidad y verdad. Lo que lo calificaba como líder espiritual era su fe extremadamente grande en Dios, su cercanía a Dios y su perfecta seguridad de una relación querida e incuestionable con su Señor. Fletcher tenía convicciones profundas sobre la verdad de Dios, una comunión profunda y perpetua con su Señor y Salvador, y era profundo y humilde en su conocimiento de Dios y experiencia cristiana. Era un hombre de profunda perspicacia espiritual en las cosas de Dios, y su completa seriedad, su verdad y su consagración lo marcaban como un hombre de Dios, bien equipado por todas estas cosas para ser un líder en Israel.

La oración incesante fue el signo y secreto de la santidad de Fletcher, su poder e influencia. Toda su vida fue una de oración. Tan intensamente estaba su mente fija en Dios, que a veces decía: «No me levantaré de mi asiento sin elevar mi corazón a Dios.» Un amigo relata el hecho de que cada vez que se encontraban, su primer saludo era: «¿Te encuentro orando?» Si estaban hablando de teología, en medio de ello se interrumpía abruptamente y decía: «¿Dónde están nuestros corazones ahora?» Si se mencionaba la mala conducta de alguna persona ausente, decía: «Oremos por él.»

Las mismas paredes de su habitación —así se decía— estaban manchadas por el aliento de sus oraciones. Espiritualmente, Madeley era un desierto árido y desolado cuando fue a vivir allí, pero fue tan revolucionado por sus oraciones que floreció y brotó como el jardín del Señor. Un amigo suyo escribe así de Fletcher:

«Muchos de nosotros hemos ido a veces con él aparte, y allí continuábamos durante dos o tres horas, luchando como Jacob por la bendición, orando uno tras otro. Y le he visto en estas ocasiones tan lleno del amor de Dios que no podía contener más, sino que clamaba: “¡Oh Dios mío, detén tu mano o el vaso estallará!” Toda su vida fue una vida de oración.»

John Foster, un hombre de exaltada piedad y profunda devoción a Dios, mientras estaba en su lecho de muerte, habló así acerca de la oración cuando estaba a punto de partir de esta vida:

«Orad sin cesar ha sido la frase que se ha repetido en mis pensamientos silenciosos, y estoy seguro de que será, debe ser, mi práctica hasta la última hora consciente de mi vida. ¡Oh, por qué no fue mi práctica a lo largo de ese largo, indolente e inanimado medio siglo pasado! A menudo pienso con tristeza en la diferencia que habría hecho en mí. Ahora queda tan poco tiempo para una vida espiritual meramente genuina y efectiva.»

La Reforma del siglo XV debe su origen a la oración. En toda su obra vitalicia, comenzada, continuada y terminada, Martín Lutero fue instantáneo en la oración. El secreto de su actividad extraordinaria se encuentra en esta declaración: «Tengo tanto trabajo que hacer que no puedo seguir adelante sin dedicar tres horas diarias de mi mejor tiempo a la oración.» Otro de sus dichos era: «Se necesita meditación y oración para hacer a un teólogo», mientras que su lema cotidiano era: «El que ha orado bien, ha estudiado bien.»

En otra ocasión confesó así su falta: «Fui breve y superficial en la oración esta mañana», dice. ¡Cuán a menudo es este el caso con nosotros! Recuérdese que la fuente de la decadencia en la religión y la prueba de la decadencia en una vida cristiana se encuentran justo aquí, en la «oración breve y superficial». Tal oración denota y asegura extrañeza con Dios.

William Wilberforce dijo una vez de sí mismo: «He estado acostándome demasiado tarde, y por lo tanto he tenido solo una media hora apresurada para mí. Estoy flaco, frío y duro. Haría mejor en permitir más tiempo, digamos dos horas, o una hora y media, diariamente para los ejercicios religiosos.»

Debe estar muy ejercitado y habituado a la oración prolongada aquel cuyas oraciones breves no son superficiales. Las oraciones breves hacen vidas superficiales. La oración más prolongada obraría como magia en muchas una vida espiritual decaída. Una vida santa no sería una cosa tan difícil y rara si nuestra oración no fuera tan breve, fría y superficial.

George Müller, ese hombre notable de fe tan simple pero tan fuerte en Dios, un hombre de oración y lectura de la Biblia, fundador y promotor del famoso orfanato en Inglaterra, que cuidaba de cientos de niños huérfanos, dirigió la institución únicamente por fe y oración. Nunca pidió nada a un hombre, sino que simplemente confió en la Providencia de Dios, y es un hecho notorio que nunca los internos del hogar carecieron de cosa buena alguna. De su periódico siempre excluyó los asuntos de dinero, y las dificultades financieras no encontraron lugar en él. Tampoco mencionaría las sumas que se le habían dado, ni los nombres de quienes hacían contribuciones. Nunca habló de sus necesidades a otros ni pidió una donación. La historia de su vida y la historia de este orfanato se leen como un capítulo de las Escrituras. El secreto de su éxito se encuentra en esta simple declaración hecha por él: «Fui a mi Dios y oré diligentemente, y recibí lo que necesitaba.» Ese fue el simple curso que siguió. No había nada en lo que insistiera con mayor seriedad que en que, fueran los gastos lo que fueran, aumentaran por repentinamente que fuera, no debía mendigar por nada. No había nada en lo que se deleitara más y mostrara más seriedad al contar que en que había orado por cada necesidad que jamás le sobrevino en su gran obra. La suya era una obra de oración continua y sumamente importuna, y siempre afirmaba confiadamente que Dios lo había guiado a través de todo ello. Una prueba más fuerte de una providencia divina, y del poder de la fe simple y de la oración respondida, no puede encontrarse en la historia de la Iglesia ni en la biografía religiosa.

Al escribir a un amigo en una ocasión, John Wesley ayuda, insta y ora, como veremos por lo siguiente de su propia pluma: «¿Has recibido un destello de luz de lo alto, una chispa de fe? Si la has recibido, ¡no la dejes ir! Aférrate por su gracia a esa prenda de tu herencia. Ven tal como eres, y ven confiadamente al trono de la

gracia. No necesitas demorar. Aun ahora las entrañas de Jesús se conmueven por ti. ¿Qué tienes que ver con el mañana? Yo te amo hoy. ¿Y cuánto más te ama Él?

«Él se compadece aún de su oveja descarriada, y anhela traerte a su redil.»

«Hoy oye su voz, la voz de Aquel que habla como nunca hombre habló.»

Las búsquedas de Madame Guyon tras Dios eran sinceras, y sus anhelos eran fuertes y fervientes. Acudió a un devoto fraile franciscano en busca de consejo y consuelo. Expuso sus convicciones y le contó de su búsqueda larga e infructuosa. Después de que ella terminó de hablarle, el fraile permaneció en silencio por algún tiempo, en meditación y oración interior. Luego le dijo:

«Tus esfuerzos no han tenido éxito, porque has buscado fuera lo que solo puedes encontrar dentro. Acostúmbrate a buscar a Dios en tu corazón, y no dejarás de encontrarlo.»

«Cuando Dios ha prometido especialmente la cosa», dijo Charles G. Finney, «estamos obligados a creer que la recibiremos cuando oremos por ella. No tienes derecho a poner un “sí”, y decir: “Señor, si es tu voluntad, dame tu Espíritu Santo.” Esto es insultar a Dios. Poner un “sí” en la promesa de Dios cuando Dios no ha puesto ninguno allí, equivale a acusar a Dios de ser insincero. Es como decir: “Oh Dios, si hablas en serio al hacer estas promesas, concédenos la bendición que pedimos.”»

Podemos concluir apropiadamente este capítulo citando una palabra de Adoniram Judson, el notable misionero a Birmania. Hablando del poder prevaleciente de la oración, dijo:

«“Nada es imposible”, dijo uno de los siete sabios de Grecia, “para la industria.” Cambiemos la palabra “industria” por “oración perseverante”, y el lema será más cristiano y más digno de adopción universal. Dios ama tanto la oración importuna que no nos dará mucha bendición sin ella. Dios dice: “He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad. Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará”» (Isaías 43:19, 21).